

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Una experiencia pedagógica en los inicios de la democracia.

claudia erregue.

Cita:

claudia erregue (2015). *Una experiencia pedagógica en los inicios de la democracia. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/115>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNA EXPERIENCIA PEDAGOGICA EN LOS INICIOS DE LA DEMOCRACIA

Claudia Erregue

Era 1985 cuando pude tomar la primera suplencia que pasaba de una semana. Me tocaba en la Escuela N° 4 del DE III, sala de 5 años. Eran tiempos en los que en muchos discursos presidenciales se enunciaba y una y otra vez “...Porque con la democracia se come, se educa y se cura...” También es el año en que Buenos Aires se inundó por primera vez. Recuerdo un día de gran tormenta, de esos que se pone de noche para después diluviar. A la salida de la escuela había sido tan intenso el chaparrón que en dos horas se había inundado completamente la Av. 9 de Julio. A las 6 de la tarde éramos miles de a pie, con los pies en el agua caminando por el medio de la avenida. No podían circular los colectivos, ni los subtes. Recuerdo ese momento como de cierta excitación colectiva. Los inconvenientes que había acarreado la tormenta también traían una cierta alegría. Es que por esos días no parábamos de disfrutar el estar juntos por las calles. Tantos años habíamos vivido encerrados y con miedo, que cualquier circunstancia para compartir con el otro tenía algo de fiesta, aún el hecho de tener que viajar como fuera, como aquel día en el que todos los que trabajábamos en la ciudad volvimos a casa a pie, compartiendo paraguas con algún desconocido. Era la primavera democrática, la de los recitales en los parques, la de los Centros Culturales en barrios que había creado Pacho O’Donell, la que nos dejaba disfrutar del color en las ferias artesanales. Sí, aunque no lo crean, las ferias de artesanos también habían estado prohibidas. El rock nacional, la Negra Sosa y Silvio Rodríguez era el menú de una alegría que parecía que había llegado para quedarse por siempre en nuestro país. La Conadep y el Nunca más, las marchas, el reclamo masivo por los que habían desaparecido. En esos años de mucha pasión social me tocó el inicio de mi carrera docente y ese sentimiento colectivo encarnó en mí como perspectiva de cambio identificada con la docencia.

Aquella escuela estaba en Bolívar y Belgrano, a cuatro cuadras de la Casa Rosada, hoy ya no funciona en aquel sitio. Enfrente de la escuela uno de los conventillos más grandes que había en Buenos Aires por entonces, de allí eran todos nuestros chicos. La Cuatro, así se la llamaba, estaba estigmatizada porque su población era muy pobre. El resto del barrio se

peleaba por entrar a la “Marquita Sanchez”. El conventillo era una vivienda colectiva muy populosa, en la que muchas familias compartían un baño y donde era común que los días de sol las madres bañaran a los niños en fuentones de zinc en el patio también compartido. Era complicada la convivencia allí. La mayoría de las familias eran de provincias norteañas, recuerdo que en las entrevistas primeras que tomábamos en el comienzo del año escolar había predominio de tucumanos. Muchos habían trabajado en los ingenios de la provincia y venían a Buenos Aires “buscando que sus hijos fueran alguien”.

Eran muy especiales aquellas familias. Mucho alcoholismo entre los papás, muy poco espacio vital. Recuerdo que había en la guía de pautas que teníamos que seguir en esas primeras entrevistas, una pregunta explícita referida a si el niño dormía en su cuarto solo y a mí, que ya sabía que la iba a saltar, me mortificaba que se fuera acercando cada vez que derrejo la veía venir.

Las madres tenían especial orgullo por la limpieza de los chicos. Recuerdo de aquellos grupos que venían lavados y planchados como ningún otro. Las nenas con colitas apretadas y el cabello muy tirante. Los varones peinados con raya al costado y gel. Una estética muy atendida a un modelo rígido que ya no se veía en otras escuelas. Sería la estética que había impuesto Bussi en su provincia natal? Había algo que las madres no podían cambiar a pesar de sus hábitos de pulcritud y era el olor que los chicos tenían en las ropas. Era olor a humedad, a espacio cerrado. Ocurre que cada uno de los cuartos que habían sido de la casa original, imaginemos un cuarto de cinco por cinco, estaba dividido por una placa harboard y compartido por dos familias. Eran de esos cuartos sin ventana, ciegos, con salida al patio común, por lejos el espacio más saludable. En ese espacio la pareja y los niños dormían, comían, pasaban sus horas de ocio. El patio era un espacio sumamente socializador, a la vez que conflictivo. Claro está que no eran las mejores condiciones para estar dispuesto a la convivencia. Más de una vez las madres “se agarraban” en la puerta de la escuela. Se reclamaban unas a otras en qué condiciones habían dejado la cocina después de cocinar, porque también la compartían. Eran tremendas las condiciones de vida, pero a pesar de eso ellas sentían que vivían “mucho mejor que en Tucumán, porque acá había trabajo” Pagaban un alquiler equivalente a un departamento de un ambiente, y aparte por la radio, la tele, y la plancha. Pero era la única forma de tener vivienda ya que no tenían recibo de sueldo ni garantía para acceder a un departamento. Eran tiempos en que al autoritarismo era un tema

muy discutido socialmente, muy estudiado y muy de auge en la comunidad docente, no había curso de capacitación que no lo abordara, pero muy lejano para aquellos padres. Había que ser muy cuidadosa con qué decir cuando ellas preguntaban: ¿Cómo se portó? Porque cualquier respuesta que no fuera “muy bien” terminaba en un golpe al niño. Muy rápido aprendí que había que abordarlas desde otro lugar para hablar de sus hijos, tan rápido como detecté que la pregunta buscaba una excusa para descargar su propia violencia sobre el hijo.

La escuela municipal, como se llamaba antes de que Buenos Aires fuera Ciudad Autónoma, todavía no había tenido tiempo de revisar sus lineamientos curriculares. Trabajábamos con los que eran legado de la dictadura, conductismo puro. Me había formado como maestra en el Eccleston que por entonces era muy de avanzada, pura Escuela Nueva y Constructivismo, pero sin embargo tenía que hacer esas planificaciones interminables, que había que hacer en cuadernillo oficio cuadriculado explicitando uno por uno objetivo y actividad a desarrollar en el mes, en la semana y en el día. Sí, eran tres. La mensual era como una sábana, se doblaba en cuatro para poder guardarla en la carpeta. No está demás decirles que la realidad se apartaba siempre de tan detallado plan, pero desde hoy vislumbro que aquella práctica exigida a los docentes contenía cierta perversión. Uno sabía que no había cumplido con lo que se había propuesto, en cierta manera “siempre estaba en falta”. Eran muy sutiles algunos de los mecanismos de la dictadura en las escuelas, otros no lo eran. Nos quedaban todavía los equipos de conducción nombrados desde el 76, que ponían tanto énfasis en las formaciones, en los saludos a la Bandera, mientras que los maestros jóvenes estábamos siendo educados en la alegría del canto, de los desplazamientos grupales, jugando con los chicos. Era trabajoso el encuentro entre generaciones por entonces. Hablábamos lenguajes diferentes. No eran malas personas, pero sí eran aburridas. Había que convencerlas por prepotencia de juego y humor. Recuerdo a una de ellas en especial, que decía “ahora todo es muy distinto, los padres tutean a los maestros”, como resignada a los aires nuevos. Era así porque así se había formado y así le habían exigido que trabajara, había sido una buena ejecutora. De todas maneras siempre intuí que a ella le hubiese gustado tener más permisos. Intuí una “melancolía de no ser lo que podría haber sido” (Senancour). La escuela, como espacio microsocioal estaba en plena transición.

Paso a contarles cómo era la escuela. Dicen que los perros se parecen a sus dueños, refrán similar es aplicable a las escuelas, siempre se parecen a sus poblaciones. Cuando entré a la Cuatro, venía del Distrito I, de las escuelas Cacciatore que están emplazadas en la Plaza Las Heras. Pensar que en el profesorado me habían enseñado que eran escuelas construídas sin criterio de arquitectura escolar..., que no tenían rampas, que los vidrios no eran blindados... Cuando entré a la Cuatro sospeché que hacía un tiempo que las profes no salían.

En la primera aula que daba a la calle Bolívar por la que pasaban 6 líneas de colectivos, tres de las cuales tenían ruidosa parada en la puerta de la escuela, funcionaban las dos salas. Sí, al igual que las habitaciones del conventillo, en una misma aula funcionaban la sala de cuatro y la de cinco divididas por una mampara que terminaba a la altura de nuestras cabezas, las de las maestras. Era una escuela vieja, con pisos de pinotea, de los que tienen cámara de aire abajo y de los que retumba cualquier ruido. Imaginen los frenos de los colectivos sumados a ese escenario.

Es gracioso pensar cómo haríamos para cumplir con la planificación si cada día teníamos que combinar que las actividades de una no interfirieran a la otra. Imaginemos si una hacía juego trabajo y la otra a la misma vez había planificado contar un cuento.

Olga Ch. se llamaba la maestra de la sala de cuatro, muy macanuda era, mucho mayor que yo, medio cansada siempre de tantos cursos que hacía para acceder a un cargo de conducción y mucho más adepta a las manualidades que yo. Nos llevábamos muy bien. Tanto, que resultó que ella que trabajaba por la mañana en la escuela donde hice la primaria, me avisó de una suplencia larga en esa escuela y terminamos trabajando juntas en dos escuelas hasta que ella finalmente “ascendió”, no se asusten, ascendió a maestra secretaria. La historia de ser maestra en la escuela en la que uno hizo la primaria y ser compañera de sus propias maestras se las cuento otra vez.

En la escuela Cuatro descubrí la dimensión del trabajo que los maestros realizamos en el aula. Les voy a contar la historia de Patricio.

Patricio era de esos niños que uno intuye muy inteligentes con sólo verle la mirada. Mirada atenta y profunda, ojos renegridos con chispitas. Travieso hasta lo insoportable. Peleador como si fuera un pequeño matón, de esos que increpan a los otros con el pecho hacia adelante, con un gesto claro de adulto violento. Venía de la sala de cuatro con el sambenito de chico problema. Olga me advirtió el día que llegué de los disturbios que causaba, y que si no me hacía caso le avisara que ella hablaba con su mamá.

Cuando lo vino a buscar la mamá se presentó y me preguntó: ¿Cómo se portó? Contesté ingenuamente que más o menos y lo levantó del piso retorciéndole la oreja. Patricio y lloró y me dije, mamá de Patricio no me agarrás más.

Nuestra relación se fue construyendo con el correr de los días y una tarde, cuando estábamos haciendo juego en rincones, encontré que Patricio se había acostado en la cama de la casita y se había quedado dormido. Le toqué la frente porque pensé que tenía fiebre, pero no. Estaba profundamente dormido. Cuando estaba llegando la hora de irnos les propuse a los otros chicos que le cantáramos un arrorró entre todos y suavemente, para que se despertara. Y así fue. Se despertó y se despezó sonriente. Así terminó ese día. Cuando le conté a su mamá, dijo que él era muy dormilón.

Al día siguiente, al rato de llegar Patricio me preguntó cuándo íbamos a jugar en rincones, que él quería ir a la casita. Sospeché que le había gustado el mimo del día anterior y que quería repetirlo. Eligió la casita y se volvió a dormir profundamente, algo raro estaba pasando. Entonces esta vez le pregunté si estaba cansado y me contestó que sí, que estaba cansado porque estaba yendo todas las mañanas al “yompe”. Le pregunté que era el yompe porque no le entendía, y me dijo al “yompecajas”. Contame que es porque no sé. “ En el piso más arriba de mi casa un señor trae cajas y papeles y yo tengo que saltar mucho para aplastarlas. Cuando mi mamá me viene a buscar, el señor del yompe le da 5 australes.” Sí, Patricio trabajaba y se dormía porque estaba extenuado de saltar. También me dijo que su mamá le había pedido que no le contara a nadie. Era a cuatro cuadras de la rosada a mí se me atragantó aquello de que en la democracia se come, se educa y se cura.

Hablé con la mamá de Patricio de la necesidad de que él durmiera más horas, de que se lo veía muy cansado y que si seguía durmiéndose en la escuela, íbamos a necesitar un

certificado médico que diera cuenta de que se encontraba bien de salud. ¿Habré deshumanizado?

No hablé con ella del yompe, pero Patricio no se volvió a dormir.

Su conducta seguía siendo difícil para mí. Intenté con él todo lo que me habían enseñado en el profesorado, pero la verdad es que tenía resultados temporales para después volver a fojas cero.

El juego en el patio era muy importante para aquellos niños. Tuve mi buen trabajo para lograr que jugaran sin evitar ensuciarse. No sé si saben, pero los chicos de sectores muy populares no se ensucian porque la limpieza es un valor muy importante como indicador de lo bien que las madres cuidan a sus familias y además porque lo limpio tiene que durar tanto como se pueda porque no hay condiciones para estar lavando todo el tiempo. Todo un trabajo enseñarles a las mamás que era mejor que los chicos vinieran con ropa cómoda y tal vez no tan impecable ni tan nueva, que necesitábamos que ellos jugaran sin tener que pensar en cuidar la ropa.

Aquel día mientras sus compañeros y él jugaban en el patio, Patricio surtió a diestra y siniestra y le pedí que se sentara un rato conmigo hasta que se le pasaran las ganas de pegar. Le hice una confesión de maestra desesperada, que creo que no fue muy ortodoxa, pero fue como me salió. Le dije que había intentado con él todo lo que sabía y que sentía que no había podido obtener buenos resultados, que yo interpretaba que lo que él en cierta forma buscaba era llamar mi atención, que lo nombrara, y que yo le proponía entonces que lo iba a nombrar muchas veces pero que íbamos a cambiar el porqué lo nombraba. Le proponía nombrarlo por lo bien que él se portara y cada vez que lo hiciera. Para ser nombrado, su permanencia en la escuela tenía que ser agradable para él y para todos. Yo haría mi parte, él tenía que hacer la propia. Y aceptó mi propuesta. Le dije que era como un “pacto de caballeros” y que cuando los caballeros pactaban se daban la mano. Ese apretón de manos operó mágicamente. Se convirtió en el niño más activo, y colaborador que puedan pensar.

Ese cambio de Patricio me alegró enormemente, alimentó mi ego de maestra joven y me dio clara conciencia del poder del maestro en el aula.

Mi suplencia se fue alargando y se terminó convirtiendo en interinato. Estuve varios años allí. Y ese grupo de niños llegó a cuarto grado. El 20 de junio prometieron la bandera y Patricio fue abanderado! Cuando lo fui a saludar me dijo: Te acordás de cuando nosotros firmamos “el contrato”? ¡Nuestro pacto! Sí claro, cómo no! Nunca me voy a olvidar.

Habían pasado cuatro años, ya tenía más experiencia como docente, estaba más segura de mis prácticas, pero ese recuerdo de Patricio me inquietó. Ese día tomé verdadera dimensión de lo que la palabra, la mirada, el accionar del docente genera en los que son sus alumnos, y aprendí junto a Patricio de la responsabilidad enorme que implica ser docente.

En realidad les estoy haciendo trampas, les estoy mostrando solamente el lado de las luces, porque omití contarles que en ese grupo también estaba Gustavo y con él los resultados no fueron los mismos. Es más, no tuve ni la intuición ni la empatía que promovió el cambio en Patricio, ni tampoco le busqué la vuelta de igual manera, es por eso que invité a la Srta. Olga, no mi compañera sino a la Cosettini, a Luis Iglesias, Simón Rodríguez y José Carlos Mariátegui –todos pedagogos latinoamericanos-para charlar un rato con ellos y que me den algunos pareceres que necesito.

Para comenzar esta charla con sinceridad le quiero contar Srta. Olga que cuando leo los registros de cómo era la vida en su escuelita siento siempre un poco de envidia por el contacto con la naturaleza que ustedes tenían. El río, la sombra de los árboles, las flores, el aire en la cara. Mis prácticas, como le contaba, tuvieron otro contexto. Nosotros también logramos que nuestro espacio fuera hermoso pero desde la vivencia, a fuerza de empeño y alegría. Permítame que le cuente algo más que vino a mi memoria antes de escucharla. Sabe que por aquellos días había un Plan Nacional de Alimentación, el PAN, así se lo conocía. Consistía en que las familias que cumplían ciertos requisitos que demostraran su necesidad de alimentación, podían concurrir mensualmente a buscar su Caja Pan al centro de distribución que le quedara más cerca. En la Caja venía un kilo de arroz, un paquete de fideos, unas latas de tomate, aceite y azúcar, unas latas de duraznos y una caja de leche en polvo. Bueno, las familias de los chicos de la Cuatro eran todos beneficiarios del Plan Alimentario y la buena noticia es que contábamos con cajas de cartón todos los meses. No

sabe Ud. cómo las aprovechábamos! Sí se imaginó bien eran las mismas de Yompe. Las forrábamos con diario para no ver a cada rato el nombre del plan impreso, después las pintábamos en plástica con témperas y tinta china. Las íbamos hermozeando de a una cara por vez y cada uno era responsable del cuidado de la propia. Mil usos les dimos! Hacíamos expresión corporal, se convertían en cuevas y casas, los chicos hacían trenes viajando adentro de la caja, armábamos laberintos y torres como actividades previas a la escritura... De todo hacíamos y cada día terminaban apiladas prolijamente en un rincón. Tanto las usamos que tuvimos que hacerles varios services pero duraron hasta fin de año. No reniego Srta. Olga pero un poco de envidia me da. Sabe, la pobreza no es linda y trabajar siempre en la pobreza a veces da bronca y hastío. Ud. me dirá querida, la que elegiste los lugares sos vos y tiene Ud. razón, algo me lleva siempre a Roma, pero convengamos que a veces no es fácil. Ahora sí le doy la palabra, sabrá disculpar pero los recuerdos me asaltan.

-(Olga Cosettini) Nada que disculpar querida. Entiendo perfectamente lo que me decís, no vayas a creer que con mi hermana trabajábamos en la opulencia. A mi escuela concurrían niños de diversos sectores económicos y sociales: así era la escuela pública entonces. Creo que lo que fue cambiando con el tiempo fue la calidad de vida de las personas a las que llamamos pobres. Antes ser pobre se manifestaba en que unos chicos andaban en alpargatas y otros tenían zapatos, que unos accedían sólo a la ropa que les cosían sus madres y otros a alguna comprada, pero en general, por lo menos en Rosario, a nadie le faltaba comida. La sociedad era menos cruel en ese sentido. No estoy hablando del plano de los derechos, claro, porque en ese sentido hasta la llegada del peronismo en el campo se trabajaba de lunes a lunes, de derechos ni se hablaba, y eso que como sabés me sobran razones para no ser peronista! A lo que voy es que, primero, había menos bienes de consumo en general, el que tenía un juguete (sacude su mano izquierda al costado de la cara) También había menos acceso a los bienes culturales. La cultura popular giraba en torno al club social, a los clubes de barrio. A lo que se llamaba entonces “alta cultura” sólo llegaban los sectores oligárquicos que como sabés nunca fueron a la escuela, ellos se educaban con institutrices. Entonces nosotras veíamos más que nada diferencias de hábitos, de expresión entre los que vivían más en el centro de la ciudad o en la periferia, pero no mucho más que eso. Vos me hablás de envidia y mirá como somos los seres humanos. Estabas hablando de las

dificultades que afrontabas en aquella escuela y yo pensaba, qué distinto hubiese sido todo si yo hubiese enseñado en Buenos Aires, a lo mejor mi hermana y yo amparadas en el anonimato de la ciudad hubiésemos seguido nuestro proyecto y no habría terminado de manera tan abrupta y frustrante. Siempre queda la huella en los alumnos cuando uno trabaja con amor y entusiasmo, pero en lo personal yo sufrí mucho aquel destierro. Sí fue un destierro. Peronismo y destierro, me quedo pensando...

(Yo) -¿Y qué me puede decir de Gustavo, Srta. Olga? Me sonrió porque siempre pensé que los maestros deberíamos tener en la Formación una materia que se llamara Tolerancia a la Frustración, con exigencia de reválida periódica para poder ejercer. Y no exagero. Alguien que nos avise cómo es la tarea y qué cosas nos pueden pasar, que nos alerte de que somos fallidos, que no siempre nuestros intentos llegan a buen puerto.

-(Olga Cosettini) Opino que a esta altura ya deberías saber que necesariamente, muchísimas cosas de las que nos proponemos no salen como las proponemos y que otras impensadas salen solas. La docencia te recuerdo, es parte de la vida, y la vida es así. ¿Sabés qué pensé muchas veces al respecto? Que si convenimos que el de educador es un oficio, ¿cómo es que no tenemos aprendices en el aula?

-(Yo) Sí es eso, no tenemos tiempo de ser aprendices, de aprender a ser maestros. Casi se espera de nosotros que salgamos desde el primer día a hacer todo lo que el maestro hace sin que otro maestro nos muestre cómo. La Formación te da la teoría y unas horas de práctica y ahora que ya sabés, arréglate.

(Luis Iglesias) -Disculpen chicas...

(Yo) -Por favor Luis, disculpe Ud. que no le hemos dejado meter un bocadillo.

(Luis Iglesias)-Según interpreto Olga, ella (por mí) nos estaba hablando más de esa falta de conexión que hubo con Gustavo, se siente mal porque no pudo hacer contacto verdadero.

(Yo) –Si! Vió Luis cuando en su video Ud. dice, “todos tenían algo sorprendente, eran lindos, lozanos”, bueno con Gustavo no me pasó de poder verlo así.

(Luis Iglesias) -M’hija de eso te puedo decir que la docencia es básicamente una relación entre personas y que para que el hecho educativo tenga lugar se tiene que dar esa química que se tiene que dar en cualquier relación humana. Ahora bien, es cierto que a veces con oficio nosotros los maestros logramos compensar lo que falta cuando el vínculo es limitado, pero hay veces que eso no pasa y bueno, no pasa.

Sabés que creo? Que en un punto la Formación Docente pone tanto énfasis en lo que el maestro tiene que lograr..., tiene que... que cuando el tipo sale del profesorado porta junto a sus saberes una mochila de omnipotencia pesadísima m’hija.

Claro está, no te van a formar diciendo “puede fallar” como decía el Tusam ese, pero lo cierto es que “puede fallar” y muchas veces pasa que falla. Cuando yo hablo de la educación, o de cómo considero que debe ser la educación y el educador hablo de la intencionalidad pedagógica, hablo de que el maestro debe de ser una persona reflexiva, creativa, un investigador en el aula, un curioso, persona de principios, estimulador de la confianza, pero no hablo de alguien a que todo le tiene que salir bien, ni estoy hablando de situaciones individuales entre un maestro y su alumno.

Cuando vos nos contabas cómo era la sala esa, partida por una mampara yo pensaba: qué lástima que no hayan trabajado como sala integrada y ustedes como pareja pedagógica de la que ahora tanto se habla.

-(yo) Hubiese estado buenísimo Luis, no crea que no lo pensé. Pero por esos tiempos, con objetivos tan específicos para cada nivel hubiese sido imposible de plantear siquiera. Hasta a nosotras mismas, creo que nos hubiese parecido inconveniente.

Usted que trabajó tantos años con todos los grados juntos puede dar cuenta de la riqueza de la experiencia de ser maestro integral.

-(Luis Iglesias) Sí, en eso pensaba cuando hablabas de que tenían que sincronizar actividades y todo eso.

(yo) – Mientras leía de las prácticas de Uds. Me quedé pensando en la relación con la comunidad y me parece que por esos días en la escuela Cuatro faltaba comunicación con la comunidad. Nos diría Jauretche que aquella escuela era “un recorte de la realidad, un paréntesis en la vida de los niños”. Me pregunto entonces cómo pudo ser posible que tantos años antes Uds. jerarquizaran tanto la relación con la comunidad y que en los ´80 ni se pensara. Se revela por sí mismo que estábamos ya en democracia pero la dictadura persistía adentro de la escuela. Hoy me planteo por qué no invitábamos al conventillo, por qué no planificábamos alguna actividad en la que tantos tucumanos nos compartieran sus costumbres de provincia, sus bailes, sus comidas.

(Olga Cossetini)-La Educación es al fin políticas educativas y como tales, son procesos que llevan su tiempo. Por esos días el Congreso Pedagógico estaba recién intentando debatir Educación y Democracia.

Te recuerdo que hasta tres años antes habíamos tenido Estado de Sitio en el país. Mi Escuela Serena no habría sido posible en ese contexto.

Fijate lo que contabas de la planificaciones y la pretensión de que se cumplieran! Nosotras, mi hermana y yo, sabíamos de la Currícula, pero la íbamos desarrollando según el interés del grupo de niños nos iba indicando, en un punto dejábamos que la experiencia fluyera....

(yo)- Y Ud. Simón, que está tan callado?

-(Simón Rodríguez) Me quedé pensando que mejor no indagar mucho cuáles eran las miradas que las autoridades de la escuela tenían de esa gente provinciana, pobre y alejada de su tierra. Habría que ver si la diversidad cultural era un valor por aquellos días, creo que no. Más me inclino a pensar que más bien eran interpretados como barbarie. Era la lógica centro/ periferia aplicada desde Europa a América reproducida por Buenos Aires sobre las provincias. Eso pienso.

Esos papás que te decían que habían venido a Buenos Aires para que sus hijos “fueran alguien” hablan a las claras de que ellos se sentían tal como estaban, negados en su cultura, no considerados, no valorados.

(Luis Iglesias)- Sí, Simón eso que decís es tal cual! Esa lógica de desprecio se repite una y otra vez. Imaginate lo pequeña que era Esteban Echeverría en los años 40, allí estaba mi escuelita en medio del campo. Vos me creerías si te digo que los de la escuela del pueblo nos miraban por arriba del hombro a nosotros los rurales? Por suerte, de todas maneras y por lo que yo veo en ese sentido se avanzó muchísimo. Sobre todo en estos últimos años la escuela viene reflexionando mucho acerca de la inclusión. No digo que esté todo logrado, siempre se puede mejorar aún más, pero claramente se respira otro aire. Se va configurando una unidad en la que lo diverso es posible y eso es importantísimo!

- (Yo) Simón, cuando Ud. habló de la mirada de la escuela a esos padres provincianos, me evocó algo que ocurría entre los maestros más grandes y los más jóvenes, otra vez la relación entre generaciones. Ya les conté que ellos valoraban el silencio, el orden y nosotros que nos nucleábamos con bastante prepotencia democrática detrás los principios de la Escuela Nueva. Queríamos terminar con “el silencio de los cementerios” e introducir en la escuela el ruido y el color de la vida. ¿Sabe qué otra cosa novedosa traíamos? Nos reconocíamos como trabajadores y empezábamos a agremiarnos, en principio pocos por escuela. Me parece recordar sobre mí una mirada parecida a la que recibían los papás tucumanos... Era como una mirada entre sorprendida y despectiva por parte de algunos de nuestros mayores.

-(Simón Rodriguez) Rescato plenamente lo que dice Luis, se va configurando una unidad diversa. Las dictaduras hicieron daños enormes, pero acá estamos, construyendo un “nosotros” latinoamericano y no hablo sólo de educación, claro. Con trabajo y dificultades pero los lazos se fueron restableciendo, la construcción de comunidad está en pleno proceso. Esa mirada incómoda de la que hablás (me dice) seguramente existió, pero el colectivo de maestros la trascendió, basta con comparar la cantidad de maestros afiliados a distintos sindicatos que había entonces comparado con ahora.

-(José Maríategui) Sabía que íbamos a llegar al punto! Estaba seguro que esa forma de ser maestros que era bastante novedosa a la escuela de los 80 recrearía la conciencia de ser trabajadores! Ocurre que los maestros por entonces más tradicionales se veían a sí mismos

como “profesionales de la educación” En cierta forma como también se veían o se ven algunos docentes universitarios. Se distinguían a sí mismos de la masa de proletarios, se sentían claramente por fuera, y la agremiación, les resultaba disruptiva. Lo de Uds. no era un estado de rebeldía, no era algo que se les iba a pasar con los años, jaja, era un nuevo estado de conciencia. Uds. mostraban que al igual que los papás tucumanos eran trabajadores y eso no les cerraba!

-(Luis Iglesias) La charla está muy linda, pero yo me voy a tener que ir. Antes, si me permiten, quisiera volver a Gustavo y compartirte una reflexión. (dice mientras me mira).

-(Yo) Claro maestro!

-(Luis Iglesias) Es como una vuelta de tuerca más a lo que te dije antes.

Sabés que cuando uno trabaja en el aula siembra, siempre siembra, y no todas las semillas brotan a la misma vez. Yo como maestro te preguntaría cómo sabés que la alegría, el respeto, la escucha, el cariño, la buena humanidad que intentaste construir en la Cuatro no brotó en Gustavo más adelante, en otro momento de su vida en que ya no era más tu alumno. Porque lo que ocurre en el aula es maravilloso y misterioso, uno hecha la bola a andar y no sabe a dónde termina. Yo no creo que nada pudiste hacer con Gustavo. Creo que te autoevaluaste con la pedagogía de la inmediatez, (jaja) y esto no es así. El aula es un taller que trabaja a largo plazo, nosotros trabajamos para la vida y la vida es larga.

-(Yo) Ay! Gracias, qué tranquilizador eso que me dice. Me lo apropio!

-(Luis Iglesias) Para eso hablamos los docentes entre nosotros, para compartir experiencias, pareceres, para acompañarnos, para dialogar entre generaciones, como en esta ocasión.

-Qué lindo eso que dice de acompañarnos. *La compañía, ese estar invalorable...*

Me sentí muy acompañada por todos ustedes, y se los agradezco tanto, Uds. los ilustres maestros americanos que me convidaron con sus experiencias y pareceres. Gracias a Uds.

que participaron en estos diálogos y a los que nos prestaron sus reflexiones que hicimos propias durante estos meses sin que sus nombres fueran explicitados.

.

Y por último, para ir cerrando...una reflexión sobre nuestra charla de hoy. Parecería ser que no se puede pensar en pedagogía sin pensar en sociedad y por tanto en política. También la necesidad de transitar nuestras aulas conscientes de que nuestras prácticas jamás serán neutras, que los espacios deben ser ocupados por nuestro hacer, porque espacio que no se ocupa, se pierde. Que nuestras voces son muchas y sin embargo son poco escuchadas en los programas oficiales, que tenemos que multiplicarlas. Que tenemos que seguir escribiendo.

Vivimos en tiempos de conocimiento, tenemos que apropiárnoslo para protagonizar nuestra historia. Apropiarlo es vivenciarlo en los cuerpos, inscribirlo a fuerza de alegría y ternura. El medio, es el vínculo, el encanto, el estar situados en contexto, sensibles al latido social sin olvidar que somos convocados por la idoneidad que tenemos para enseñar.

Como bien nos dice Assmann: "Ante este cuadro no deberíamos permanecer en el mero discurso de la resistencia crítica, sino se trata de ocupar, de forma creativa los accesos al conocimiento disponible y gestionar de modo positivo, propuestas de dirección de los procesos cognitivos-de los individuos y de las organizaciones colectivas, para conseguir metas vitalizadoras del tejido social.

Los procesos cognitivos y vitales descubren su lugar de encuentro marcado desde siempre, en el centro de lo que es la vida. *La vida que quiere seguir siendo vida, -vida que se gusta y que se ama y anhela ampliarse en más vida.* "Pedagogía es encantarse y seducirse recíprocamente con experiencias de aprendizaje." Maravillosa disciplina. Nuevamente les agradezco haber venido a mi convocatoria.